

---

## Gabriela Mistral: maestra y juglar de la maternidad

---

## Gabriela Mistral: teacher and minstrel of motherhood

---

### RESUMEN

Lucila de María del Perpetuo Socorro Godoy Alcayaga es el verdadero nombre de Gabriela Mistral, nombre con que se conoce a la célebre chilena, quien fuera la quinta mujer en recibir el Nobel en literatura. Como Lucila Godoi y Alcayaga firmaba sus primeras obras. Hasta donde se sabe, utilizó por primera vez y públicamente su nombre artístico en el poema *Del pasado* que apareciera en el diario *El Coquimbo* en 1908. Su gran labor como maestra y poeta la llevó a ser la figura diplomática de varios países americanos. Para esta número de la revista EAC, se han seleccionado *La instrucción de la mujer*, que salió a la luz el jueves 8 de marzo de 1906, faltando casi un mes para cumplir los 17 años de edad. Indica ya su madurez con respeto a los asunto sociales y la fragilidad social de la mujer. Sigue a este documento, una misiva en la que la poetisa increpa a Abel Madac, crítico de la época a quien le incomodaba su estilo literario, lo caracteriza de “amargo pesimismo”, y a ella de “cerebro desequilibrado (...) por el exceso pensar”. Ella lo considera mediocre. Después aparece la *Introducción a estas “Lecturas para mujeres”*. *Lecturas para mujeres* es el título de una compilación que realizó en México con diversos autores que creí toda mujer debía conocer. De esta obra, además del prólogo, se seleccionaron varios de sus poemas, cuya temática gira en torno a la figura femenina. Cierran este acopio, tres poemas tomados de *Tala*, una de sus obras más importantes, la dedica a los niños españoles que padecieron la guerra civil.

**Palabras clave:** Gabriela Mistral, *La instrucción de la mujer*, Abel Madac, *Lecturas para mujeres*, *Tala*.

### ABSTRACT

Lucila de María del Perpetuo Socorro Godoy Alcayaga is the real name of Gabriela Mistral, the name by which the famous Chilean, who was the fifth woman to receive the Nobel Prize in literature, is known. She signed her first works as Lucila Godoi y Alcayaga. As far as it is known, she used her artistic name for the first time and publicly in the poem *Del pasado* that appeared in the newspaper *El Coquimbo* in 1908. Her great work as a teacher and poet led her to be the diplomatic figure of several American countries. For this issue of the EAC magazine, we have selected *La instrucción de la mujer*, which was published on Thursday, March 8, 1906, almost a month short of her 17th birthday. It already indicates her maturity with respect to social issues and the social fragility of women. This document is followed by a letter in which the poet criticizes Abel Madac, a critic of the time who was bothered by her literary style, characterizing him as “bitter pessimism”, and her as “unbalanced brain (...) by overthinking”. She considers him mediocre. Then appears the Introduction to these “*Lecturas para mujeres*” (*Readings for women*). *Lecturas para mujeres* is the title of a compilation she made in Mexico with various authors that I thought every woman should know. From this work, in addition to the prologue, several of her poems were selected, whose themes revolve around the female figure. This collection closes with three poems taken from *Tala*, one of her most important works, which she dedicates to the Spanish children who suffered during the civil war.

**Keywords:** Gabriela Mistral, *La instrucción de la mujer*, Abel Madac, *Lecturas para mujeres*, *Tala*.



### *La instrucción de la mujer*

Retrocedamos en la historia de la humanidad buscando la silueta de la mujer, en las diferentes edades de la Tierra. La encontraremos más humillada i mas envilecida miéntras mas nos internemos en la antigüedad. Su engrandecimiento lleva la misma marcha de la civilización; miéntras la luz del progreso irradia mas poderosa sobre nuestro globo, ella, agobiada, va irguiéndose mas i mas.

I, es que a medida que la luz se hace en las inteligencias, se va comprendiendo su misión i su valor y hoi ya no es la esclava de ayer sino la compañera igual. Para su humillación primitiva, ha conquistado ya lo bastante, pero aun le queda mucho de explorar para entonar un canto de victoria.

Si en la vida social ocupa un puesto que le corresponde, no es lo mismo en la intelectual aunque muchos se empeñen en asegurar que ya ha obtenido bastante; su figura en ella, si no es nula, es sí demasiado pálida.

Se ha dicho que la mujer no necesita sino una mediana instrucción; i es que aún hai quienes ven en ella al ser capaz solo de gobernar el hogar.

La instrucción suya, es una obra magna que lleva en sí la reforma completa de todo un sexo. Porque la mujer instruida deja de ser esa fanática ridícula que no atrae a ella sino la burla; porque deja de ser esa esposa monótona que para mantener el amor conyugal no cuenta más que con su belleza física i acaba por llenar de fastidio esa vida en que la contemplacion acaba. Porque la mujer instruida deja de ser ese ser desvalido que, débil para luchar con la Miseria, acaba por venderse miserablemente si sus fuerzas físicas no le permiten ese trabajo.

Instruir a la mujer es hacerla digna i levantarla. Abrirle un campo más basto de porvenir, es arrancar a la degradación muchas de sus víctimas. Es preciso que la mujer deje de ser mendiga de protección; i pueda vivir sin que tenga que sacrificar su felicidad con uno de los repugnantes matrimonios modernos; o su virtud con la venta indigna de su honra.

Porque casi siempre la degradación de la mujer se debe a su desvalimiento.

¿Por qué esa idea torpe de ciertos padres, de apartar de las manos de sus hijos las obras científicas con el pretexto de que cambie su lectura los sentimientos religiosos del corazón?

¿Que religión mas digna que la que tiene el sabio?

¿Que Dios mas inmenso que aquel ante el cual se postra el astrónomo despues de haber escudriñado los abismos de la altura?

Yo pondria al alcance de la juventud toda la lectura de esos grandes soles de la ciencia, para que se abismara en el estudio de esa Naturaleza de cuyo Creador debe formarse una idea. Yo le mostraria el cielo del astrónomo, no el del teólogo; le haria conocer ese espacio poblado de mundos, no poblado de centellos; le mostraria todos los secretos de esas alturas. I, despues que hubiera conocido todas las obras; i despues que supiera lo que es la Tierra en el espacio, que formara su relijion de lo que le dictara su inteligencia, su razón i su alma. Porqué asegurar que la mujer no necesita sino una instrucción elemental?

En todas las edades del mundo en que la mujer ha sido la bestia de los bárbaros i la esclava de los civilizados, ¡cuánta inteligencia perdida en la oscuridad de su sexo!, ¡cuántos jenios no habrán vivido en la esclavitud vil, inesplotados, ¡ignorados! Instrúyase a la mujer; no hay nada en ella que le haga ser colocada en un lugar más bajo que el del hombre.

Que lleve una dignidad mas al corazón por la vida: la dignidad de la ilustración.

Que algo mas que la virtud le haga acreedora al respeto, a la admiración i al amor.

Tendréis en el bello sexo instruido, ménos miserables, ménos fanáticas i ménos mujeres nulas.

Que con todo su poder, la ciencia que el Sol, irradie en su cerebro.

Que la ilustración le haga conocer la vileza de la mujer vendida, la mujer depravada. I le fortalezca para las luchas de la vida.

Que pueda llegar a valerse por sí sola i deje de ser aquella creatura que agoniza y miseria si el padre, el esposo o el hijo no le amparan.



¡Mas porvenir para la mujer, mas ayuda!

Búsquesele todos los medios para que pueda vivir sin mendigar la protección.

I habran asi menos degradadas. I habrá así menos sombra en esa mitad de la humanidad. I mas dignidad en el hogar. La instrucción hace noble los espíritus bajos i les inculca sentimientos grandes. Hágasele amar la ciencia más que a las joyas i las sedas. Que consagre a ella los mejores años de su vida. Que los libros científicos se coloquen en sus manos como se coloca el Manual de Piedad.

I se alzaré con toda su altivez i su majestad, ella que se ha arrastrado desvalida i humillada. Que la gloria resplandezca en su frente i vibre su nombre en el mundo intelectual. I no sea al lado del hombre ilustrado ese ser ignorante a quien fastidian las crónicas científicas i no comprende el encanto i la alteza que tiene esa diosa para las almas grandes.

Que sea la Estela que sueña en su obra Fammarion; compartiendo con el astrónomo la soledad excelsa de su vida; la Estela que no llora la pérdida de sus diamantes ni vive infeliz lejos de la adulación que forma el vicio deplorable de la mujer elegante. Honor a los representantes del pueblo que en sus programas de trabajo por él incluya la instrucción de la mujer; a ellos que se proponen luchar por su engrandecimiento, ¡éxito i victoria!

### **CARTA ABIERTA A ABEL MADAC**

Vicuña, jueves 21 de diciembre de 1905  
Me he impuesto de su "Carta Abierta

Por la audacia, la altivez, la actitud con que la critica, le creía un escritor en toda la estension de la palabra; ¡quien al conocer su prosa, al recorrer esas elucubraciones que no revelan ni dotes, ni talento artístico, va a creer que aquel prosista mediocrísimo es el que tan acremente refuta!

Ud. se dá a conocer como antiguo periodista, pero su actitud tomada para herirme, para ofenderme

de una manera tan ruda como lo ha hecho, no demuestra la ilustracion de todo un periodista. El hombre ilustrado no lucha por hacer sucumbir el alma que empieza a vivir esa existencia toda desencantos i amarguras -la del artista;- no vierte en ella la primera gota de hiel, no taladra sus sueños, sus ideales: le dice ¡espera! le dice ¡adelante!

El autor de "Evocacion" no debe, no puede criticar a nadie, debe si, hacerse maestro de si mismo, ejercer la caridad en su propia persona.

Abel Madac, es un desconocido, un oscuro en el campo intelectual, i por lo tanto, acojo su crítica con el desprecio mas grande. Solo un superior enseña, i Ud. está mui léjos de poder hacerlo señor crítico; el puesto que ocupa en la Literatura Coquimbana, es demasiado bajo.

El desequilibrio de cerebro, i la vanidad que me refuta, son suyos, un cerebro equilibrado i sin fatuidad, no dicta esas frases que le ridiculizan ante un público sensato: "Tengo en plena conciencia pues, mi educacion esmerada" etc.

La delicadeza de mi sexo, mi dignidad personal, me impiden entrar en una polémica con Ud. Que tan rudamente ofende i no sabe respetar ni a la mujer ni a la escritora.

Puede Ud. Ocupar su tiempo en dirijirme cartas las que guste, pero ya lo sabe, no tendrá contestación ninguna mia; pues, se lo repito: no encuentro en Ud. al artista superior que pueda guiarme o corregirme, ni siquiera al escritor mediocre.

Su crítica no me hiere ni siquiera me desalienta, i, me verá Ud. Continuar impávida la ruta que comienzo, sonriendo ante las convulsiones i los silbidos de los reptiles miserables de la enuidia. Critique Ud. i enseñe cuando haya logrado llamar la atención en algo siquiera con sus producciones literarias; entonces su crítica tendrá gran valor, hoi solo tiene el del literario que la hace.

Jamas he pensado en entablar con Ud. una polémica; Ud. incapaz de luchar con el espíritu fuerte de los de su sexo, quizás soñaba con un triunfo obtenido sobre una mujer.



Ud. Puede idear muchos medios de zaherirme, para cortar mis alas, pero todo es vano yo no le contestaré, ni siquiera le haré el honor de recorrer sus cartas.

No quiero luchar con nada que se encubra, porque todo lo que hiere i se oculta es miserable i vil. El seudónimo puede revelar humildad en el escritor, en el crítico solo revela cobardía.

Con que puede Ud. guardar sus aprestos hechos para la polémica que no me honra bajo ningún aspecto.

LUCILA GODOI Y ALCAYAGA.  
La compañía, Dbre. 20 de 1905

### **INTRODUCCIÓN A ESTAS “LECTURAS PARA MUJERES”**

**I. Palabras de la extranjera.**-Recibí hace meses de la Secretaría, de Educación de México el encargo de recopilar un libro de Lecturas Escolares. Comprendí que un texto corresponde hacerlo a. los maestros nacionales y no a una extranjera, ye recopilado esta obra sólo para la escuela mexicana que lleva mi nombre. Me siento dentro de ella con pequeños derechos, y tengo, además, el deber de dejarle un recuerdo tangible de mis clases.

He hecho, no un texto escolar propiamente dicho,- un libro graduado para cierta sección: se trata, primero, de un colegio casi industrial en el que la enseñanza del idioma es sólo un detalle, y luego, la heterogeneidad de las edades de las alumnas quince a treinta años sugiere la heterogeneidad de los trozos. Por otra parte, mis alumnas no cursarán humanidades en otro establecimiento quedarán, pues sin conocer las páginas hermosas de nuestra literatura Bueno es darles en esta obra una mínima parte de la cultura artística que no recibirán completa y que una mujer debe poseer. Es muy femenino el amor de la gracia cultivado a través de la literatura.

Mi pequeño trabajo no pretende competir con los textos nacionales, por cierto: tiene los defectos lógicos de la labor hecha por un viajero. He procurado

compenetrarme de la sensibilidad y pensamiento mexicanos; no he podido conseguirlo en unos cuantos meses, naturalmente. Un libro de esta índole es, a mi juicio, labor de tres años, y necesita mucha tranquilidad de espíritu y un profundo conocimiento del ambiente. Es este el ensayo de un trabajo que realizaré algún día, en mi país, destinado a las mujeres de América. Las siento mi familia espiritual: escribo para ellas, tal vez sin preparación, pero con mucho amor.

**II. Lecturas femeninas.**- He observado en varios países que un mismo Libro de Lectura se destina a hombres y mujeres en la enseñanza primaria y en la industrial. Es extraño: son muy diferentes los asuntos que interesan a niños y niñas. Siempre se sacrifica en la elección de trozos la parte destinada a la mujer, y así, ella no encuentra en su texto los motivos que deben formar a la madre. Y sea profesionista, obrera, campesina o simple dama, su única razón de ser sobre el mundo es la maternidad, la material y la espiritual juntas, o la última en las mujeres que no tenemos hijos.

Mi libro no tiene de original sino está sección Hogar, para la que he espigado en unas cuantas obras todas aquellas páginas que exaltan la maternidad o el amor filial y que hacen sentir, hecho nobleza, el ambiente de a casa. Desearía que se realizara en mi raza lo que lama en un noble verso Eduardo Marquina: “elevar lo doméstico a dominio”. Y también a belleza; debemos ennoblecer con ésta todas las cosas que queremos hacer amadas.

Tal vez en parte no pequeña hayan contribuido los Libros de Lectura sin índole femenina, a esa especie de empañamiento del espíritu de familia que se va observando en las nuevas generaciones. La participación, cada día más intensa, de las mujeres en las profesiones liberales y en las industriales trae una ventaja: su independencia económica, un bien indiscutible; pero trae también cierto desasimiento del hogar, y, sobre todo, una pérdida lenta del sentido de la maternidad.

En la mujer antigua este sentido fué más hondo y más vivo, y por ello los mejores tipos de mi sexo yo



los hallo en el pasado. Me parecen más austeros que los de hoy, más leales a las fines verdaderos de la vida; creo que no deben pasar. Para mí son los eternos.

El descenso, imperceptible pero efectivo, que se realiza desde ellos hasta nosotros me parece un triste trueque de firmes diamantes por piedrecitas pintadas, de virtudes máximas por éxitos mundanos; diría más: una traición a la raza, a la socavamos en sus cimientos. Puede haber alguna exageración en mi juicio; pero los que saben mirar a los intereses eternos por sobre la maraña de los inmediatos verán que hay algo de esto en la “mujer nueva”.

Siendo lo que anoto una de mis inquietudes espirituales más vivas por la juventud femenina de mi América, me ha sido alegría el que la escuela que leva mi nombre sea una Escuela-Hogar. Ha sido también faena gozosa reunirle estas LECTURAS, en las cuales la primera sección, hecha con más cariño que ninguna, está destinada a robustecer ese espíritu de familia, ennoblecedor de la vida entera y que ha vuelto grandes a los pueblos mejores de la Tierra: al inglés, por ejemplo.

No son muy numerosos los capítulos de esta índole que ofrece la literatura. Ella ha sido generosa para la mujer en el aspecto que llamaríamos galante, y extrañamente mezquina para la madre y aun para el niño. Y si pasamos de la literatura general a la española, la pobreza se hace miseria.

Yo desearía que, en arte como en todo, pudiésemos bastarnos con materiales propios: nos sustentásemos, como quien dice, con sangre de nuestras mismas venas. Pero la indigencia, que nos hace vestirnos con telas extranjeras, nos hace también nutrirnos espiritualmente con el sentimiento de las obras de arte extrañas. Así, yo he debido acudir a buenas o medianas traducciones de autores extranjeros para poder completar la sección mencionada. Vendrán días de mayor nobleza en que iremos cubiertos de lo magnífico, que a la vez sea lo propio, así en las ropas como en el alma.

Ya es tiempo de iniciar entre nosotros la formación de una literatura femenina, seria. A las excelentes maestras que empieza a tener nuestra

América corresponde ir creando la literatura del hogar, no aquella de sensiblería y de belleza inferior que algunos tienen por tal, sino una literatura con sentido humano, profundo. La han hecho hasta hoy, aunque parezca absurdo, sólo los hombres: un Ruskin, en Inglaterra; un Tagore, en la India; para no citar más. (Anotemos, en descargo de las mujeres, dos nobles nombres: el de Ada Negri, en Italia, y el de Selma Lagerloff, en Suecia.)

La llamada literatura educativa que suele circular entre nosotros lo es solamente como intención. No educa nunca lo inferior. Necesitamos páginas de arte verdadero en las que, como en la pintura holandesa de interiores, lo cotidiano se levante hasta un plano de belleza.

**III. Motivos humanos.**- Pero en un libro de Lecturas para mujeres no todo debía ser comentarios caseros y canciones de cuna. Se cae también en error cuando, por especializar la educación de la joven, se la empequeñece, eliminando de ella los grandes asuntos humanos, aquellos que le tocan tanto como al hombre: la justicia social, el trabajo, la naturaleza.

He visto casos de deformaciones por esta limitación. A la mujer antigua, hay que reconocerlo, le faltó cierta riqueza espiritual por causa del unilateralismo de sus ideales, que solo fueron domésticos. Conocía y sentía menos que la mujer de hoy el Universo, y de las artes elegía solo las menudas; pasó superficialmente sobre las verdaderas: la música, la pintura, la literatura. Todo el campo de su sensibilidad fue el amor, y no hay que olvidar que es la sensibilidad algo más que un atributo que hace a las actrices y a las literatas: la fuente de donde manan a caridad encendida y los más anchos resplandores del espíritu. Guardémonos bien, pues, en esto y en otras cosas, de especializar empobreciendo y restando profundidad a la vida.

Por estas consideraciones he puesto en mis LECTURAS esa sección copiosa de Motivos espirituales.

**IV. Sección México y América española.** -Domina todavía en algunos textos escolares de lenguaje el criterio de tratar los asuntos geográficos, históricos o de ciencias naturales en erudito; se entresaca este



material de los manuales de esa índole. Me parece una invasión que hace el lenguaje en las otras asignaturas y un utilitarismo que deforma el manual de lengua materna.

Es lógico buscar trozos de historia por ser ésta el ramo educador por excelencia, y buscar la descripción geográfica; pero con criterio de belleza. La producción histórica de México y de mi país es muy rica; mas la mayoría de sus páginas no son adecuadas a la índole de una obra para la enseñanza del lenguaje.

Según este concepto, yo he preferido a las firmas ilustres de González Obregón y de Toribio Medina las de los divulgadores amenos de nuestra historia, como Rodó, Montalvo y Martí. Son escasas las páginas de esta índole en la literatura nuestra; las tienen los norteamericanos en Irving y en muchos otros; Francia, en Lamartine y Michelet; entre nosotros, los investigadores de la Historia son más que los comentaristas amenos y ágiles.

Quiero decir lo que pienso sobre a formación del amor patrio en la mujer. Algo he observado en mis años de enseñanza escolar. Para mí, la forma del patriotismo femenino es la maternidad perfecta. La educación más patriótica que se da a la mujer es, por lo tanto, la que acentúa el sentido de la familia.

El patriotismo femenino es más sentimental que intelectual, y está formado, antes que de las descripciones de batallas y los relatos heroicos, de las costumbres que la mujer crea y dirige en cierta forma; de la emoción del paisaje nativo, cuya visión, afable o recia, ha ido cuajando en su alma la suavidad o la fortaleza.

Según este concepto, en la sección México del presente libro dominan las descripciones de ambientes y de panorama. No se ha olvidado. sin embargo, la biografía heroica.

Van en esta serie algunas prosas mías, no por el vanidoso deseo de arrebatarse el comentario al escritor mexicano. Son trozos descriptivos, unos, en los cuales he querido dejar a las alumnas de mi escuela

las emociones que me ha dado su paisaje y, otros, el elogio de sus gentes, que hecho por un extranjero no dicen sino su ternura admirativa.

El número de trozos de índole mexicana es equiparable al que contienen los textos de lecturas nacionales. Al seleccionar el material correspondiente a nuestra América me he encontrada con una pobreza semejante a aquella a que aludí sobre temas de hogar. El poeta y el prosista descriptivos en los cuales se encuentre derramado en verdad y en belleza nuestro paisaje americano, son muy pocos. Hay dos grandes nombres que se repiten aquí página tras página por esta razón: el magnífico Chocano y el sutil Lugones.

Otra forma de patriotismo que nos falta cultivar es esta de ir pintando con filial ternura, sierra a sierra y río a río la tierra de milagro sobre la cual caminamos.

Nuestra poesía descriptiva es así siempre bélica y grandilocuente: nuestra prosa descriptiva no es siempre artística. Vendrán también los poetas que, como Paul Fort, digan desde los barrios humildes de nuestras ciudades hasta el color radioso de nuestros frutos. Hoy por hoy, sólo en Chocano ha sido alabada la América con su piña y su maíz, sus maderas y sus metales. En él está el trópico, listado como el tigre, de colores espléndidos, y su ojo es el que mejor ha recogido nuestro paisaje heroico.

He procurado que el libro, en general, lleve muchas firmas hispanoamericanas. No están todas las valiosas, sin embargo, porque no se trata de una Antología. La índole hispanoamericanista de mis LECTURAS no es cosa sugerida a última hora por el hecho de servir a un gobierno de estos países. Hace muchos años que la sombra de Bolívar ha alcanzado mi corazón con su doctrina. Ridiculizada ésta, deformada por el sarcasmo en muchas partes, no siendo todavía conciencia nacional en ningún país nuestro, yo la amo así, como anhelo de unos pocos y desdén u olvido de los otros.

**V. Índole de las lecturas.-** Tres cualidades he buscado en los trozos elegidos: primero, intención moral y a veces social; segundo, belleza; tercero, amenidad. En aquellos que son fragmentos se procuró que tuvieran cierta síntesis del asunto.



Sin intención moral, con las lecturas escolares los maestros formamos sólo retóricos y dilettantis; creamos socios para las academias los ateneos, pero no formamos lo que nuestra América necesita con una urgencia que a veces llega a parecerme trágica: generaciones con sentido moral, ciudadanos y mujeres puros y vigorosos e individuos en los cuales la cultura se haga militante al vivificarse con la acción: se vuelva servicio.

Respecto de lo segundo, la belleza de los trozos, pienso que revela desprecio hacia las jóvenes la calidad inferior en la lectura que suele ofrecérseles. Se estima que basta con darles doctrina, aunque ésta lleve un ropaje tan lamentable que le cree el desamor.

Caemos así en ciertos extremos de utilitarismo a que han llegado algunos manuales sajones, llenos de espesas arengas para la acción y de narraciones que, de sencillas, pasan a simples. Olvidamos al primer maestro de nuestra América, al noble José Enrique Rodó, que nos pedía apacentar “con la gracia” las almas que son eso: “la gracia”. Tendencias prácticas empiezan a dirigir la enseñanza en nuestro Continente. Estoy con ellas en todo lo que tienen de salvadora sensatez para nuestra vida económica. Mas suelen exagerarse esas tendencias en forma dañina; van hacia un torpe desprecio de los altos valores espirituales de la escuela. El maestro verdadero tendrá siempre algo de artista; no podemos aceptar esa especie de “jefe de faena” o de capataz de hacienda en que algunos quieren convertir al conductor de los espíritus.

En cuanto a lo tercero, a la amenidad, creo que ya hay demasiado hastío en la pedagogía seca, fría y muerta que es la nuestra.

Tal vez esa falta de alegría que todos advierten en nuestra raza venga en parte de la escuela-madrastra que hemos tenido muchos años. El niño llega con gozo a nuestras manos; pero las lecciones sin espíritu y sin frescura que casi siempre recibe van empañándole ese gozo y volviéndole el joven o la muchacha fatigados, llenos de un desamor hacia el estudio, que viene a ser lógico. Hacemos de éste lo que algunos hacen de la libertad: una Gorgona en vez de un dios afable.

Hombres sin agilidad de espíritu, sin

imaginación para colorear un relato y sin esa alegría que se hace en el individuo por la riqueza y la armonía de las facultades, han sido generalmente nuestros maestros.

Muchos trozos de índole moral he encontrado en mis lecturas que no he querido aprovechar para este libro, a pesar de la firma ilustre. La enseñanza no era dada con amenidad, con esa fluidez feliz con que enseña Tagore, ni con esa ternura traspasada de encanto que tiene la prosa de Carlos Luis Phillippe. La odiosa sequedad de muchos moralistas defrauda su deseo de mejorar el mundo... La juventud, esa agua viva, no puede amar al que tiene, sobre la lengua viva, la palabra muerta.

**VI. Gratitud.-** Ha sido para la pequeña maestra chilena una honra servir por un tiempo a un gobierno extranjero que se ha hecho respetable en el Continente por una labor constructiva de educación tan enorme que sólo tiene paralelo digno en la del gran Sarmiento. No doy a las comisiones oficiales valor sino por la mano que las otorga, y he trabajado con complacencia bajo el Ministerio de un Secretario de Estado cuya capacidad, por extraña excepción en los hábitos políticos de nuestra América, está a la altura de su elevado rango, sobre todo, de un hombre al cual las juventudes de nuestros países empiezan a señalar como al pensador de la raza que ha sido capaz de una acción cívica tan valiosa como su pensamiento filosófico. Será en mí siempre un sereno orgullo haber recibido de la mano del licenciado señor Vasconcelos el don de una Escuela en México y la ocasión de escribir para las mujeres de mi sangre en el único período de descanso que ha tenido mi vida.

Recopiladora.

México, 31 de Julio de 1923.

Dos elogios de la Madre

### I

#### *Recuerdo de la madre ausente.*

Madre: En el fondo de tu vientre se hicieron en silencio mis ojos, mi boca, mis manos. Con tu sangre más rica me re gabas como el agua a las papillas del jacinto, escondidas bajo la tierra. Mis sentidos son tuyos, y con éste como préstamo de tu carne ando por el mundo. Alabada seas por todo el esplendor de la tierra que entra en m se enreda a mi Corazón.



\*\*\*

Madre: Yo he crecido, como un fruto en la rama espesa, sobre tus rodillas. Ellas llevan todavía la forma de mi cuerpo otro hijo no te la ha borrado. Tanto te habituaste a mecirme, que cuando yo corría por los caminos quedabas allí, en el corredor de la casa, como triste de no sentir mi peso.

No hay ritmo más suave, entre los cien ritmos derramados por el primer músico, que ese de tu mecedura, madre, y las cosas placidas que hay en mi alma se cuajaron con ese vaivén de tus brazos y tus rodillas.

Y a la par que mecías me ibas cantando, y los versos no eran sino palabras juguetonas, pretextos para tus mimos.

En esas canciones tú me nombrabas las cosas de la tierra: los cerros, los frutos, los pueblos, las bestiecitas del campo, como para domiciliar a tu hija en el mundo, como para enumerarle los seres de la familia, ¡tan extraña!, en que la habían puesto a existir.

\*\*\*

Y así, yo iba conociendo tu duro y suave universo: no hay palabrita nombradora de las criaturas que no aprendiera de ti. Las maestras sólo usaron después de los nombres hermosos que tú ya habías entregado.

Tú ibas acercándome, madre, las cosas inocentes que podía coger sin herirme; una hierbabuena del huerto, una piedrecita de color; y yo palpaba en ellas la amistad de las criaturas. Tú, a veces, me comprobabas, y otras me hacías, los juguetes: una muñeca de ojos muy grandes como los míos, la casita que se desbarataba a poca costa... Pero los juguetes muertos yo no los amaba, tú te acuerdas: el más lindo era para mí tu propio cuerpo.

\*\*\*

Yo jugaba con tus cabellos como con hilillos de agua escurridizos, con tu barbilla redonda, con tus dedos, que trenzaba y destrenzaba. Tu rostro inclinado era para tu hija todo espectáculo del mundo. Con curiosidad miraba tu parpadear rápido y el juego de la luz que se hacía dentro de tus ojos verdes; ¡y aquello tan extraño que solía pasar sobre tu cara cuando eras

desgraciada, madre!

Sí, todito mi mundo era tu semblante; tus mejillas, como la loma color de miel, y los surcos que la pena cavaba hacia los extremos de la boca, dos pequeños vallecitos tiernos. Aprendí las formas mirando tu cabeza: el temblor de las hierbecitas en tus pestañas y el tallo de las plantas en tu cuello, que, al doblarse hacia mí, hacía un pliegue lleno de intimidad. Y cuando ya supe caminar de la mano tuya, apegadita cual un pliegue vivo de tu falda, salí a conocer nuestro valle.

\*\*\*

Los padres están demasiado llenos de afanes para que puedan llevarnos de la mano por un camino o subirnos las cuestas.

Somos más hijos tuyos; seguimos ceñidos contigo, como la almendra está ceñida en su vainita cerrada. Y cielo más amado por nosotros no es aquel de las estrellas límpidas y frías, sino el otro de los ojos vuestros, tan próximo, que se puede besar sobre su llanto.

El padre anda en la locura heroica de la vida y no sabemos lo que es su día. Sólo vemos que por las tardes vuelve y suele dejar en la mesa una parvita de frutos, y vemos que os entrega a vosotras para el ropero familiar los lienzos y las franelas con que nos vestís. Pero la que monda los frutos para la boca del niño os exprime en la siesta calurosa eres tú, madre. Y la que corta la franela y el lienzo en piecitas, y las vuelve un traje amoroso que se pega bien a los costados friolentos del niño, eres tú, madre pobre, ¡la ternísima!

Ya el niño sabe andar, y también junta palabritas como vidrios de colores. Entonces tú le pones una oración leve en medio de la lengua, y allí se nos queda hasta el último día. Esta oración es tan sencilla como a espadaña del lirio. Con ella, ¡tan breve!, pedimos cuanto se necesita para vivir con suavidad y transparencia sobre el mundo: se pide pan cotidiano, se dice que los hombres son hermanos nuestros y se alaba la voluntad vigorosa del Señor.

Y de este modo, la que nos mostró la tierra como un lienzo extendido, lleno de formas y colores,





nos hace conocer también al Dios escondido.

\*\*\*

Yo era una niña triste, madre, una niña huraña como son los grillos oscuros en el día, como es el lagarto verde, bebedor del sol. Y tú sufrías de que tu niña no jugara como las otras, y solías decir que tenía fiebre cuando en la viña de la casa la encontrabas conversando con las cepas retorcidas y con un almendro esbelto y fino que parecía un niño embelesado.

Ahora está hablando así también contigo, que no le contestas; y si tú la vieses le pondrías la mano en la frente, diciendo como entonces: “-Hija, tú tienes fiebre”.

\*\*\*

Todos los que vienen después de ti, madre, enseñan sobre lo que tu enseñaste y dice con muchas palabras cosas que tu decías con poquitas; cansan nuestros oídos y nos empañan el gozo de oír contar. Se aprendían las cosas con más levedad estando tu niñita bien acomodada sobre tu pecho. Tu ponías la enseñanza sobre esa como cera dorada del cariño; no hablabas por obligación, y así no te apresurabas, sino por necesidad de derramarte hacia tu hijita. Y nunca le pediste que estuviese quieta y tiesa en una banca dura, escuchándote. Mientras te oía, jugaba con la vuelta de tu blusa o con el botón de concha de perla de tu manga. Y este es el único aprender deleitoso que yo he conocido, madre.

\*\*\*

Después, yo he sido una joven, y después una mujer. He caminado sola, sin el arrimo de tu cuerpo y sé que eso que llaman la libertad es una cosa sin belleza. He visto mi sombra caer, fea y triste, sobre los campos sin la tuya, chiquitita, al lado. He hablado también sin necesitar de tu ayuda. Y yo hubiera querido que, como antes, en cada frase mía estuvieran tus palabras ayudadoras para que lo que iba diciendo fuese como una guirnalda de las dos.

Ahora yo te hablo con los ojos cerrados, olvidándome de donde estoy, para no saber que estoy

tan lejos; con los ojos apretados, para no mirar que hay un mar tan ancho entre tu pecho y mi semblante. Te converso cual si estuviera tocando tus vestidos; tengo las manos un poco entreabiertas y creo que la tuya está cogida.

Ya te lo dije: llevo el préstamo de tu carne, hablo con los labios que me hiciste y miro con tus ojos las tierras extrañas.

Tú ves por ellos también las frutas del trópico -la piña grávida y exhalante y la naranja de luz- Tú gozas con mis pupilas el contorno de estas otras montañas, ¡tan distintas de la montaña desollada bajo la cual tú-me criaste! Tú escuchas por mis oídos el habla de estas gentes, que tienen el acento más dulce que el nuestro, y las comprendes y las amas; y también te laceras en mí cuando la nostalgia en algún momento es como una quemadura y se me quedan los ojos abiertos y sin ver sobre el paisaje mexicano.

\*\*\*

Gracias en este día y en todos los días por la capacidad que me diste de recoger la belleza de la tierra, como un agua que se recoge con los labios, también por la riqueza de dolor que puedo llevar en la hondura e mi corazón, sin morir.

Para creer que me oyes he bajado los párpados y arrojado de mí la mañana, pesando que a esta hora tú tienes la tarde sobre ti. Y para decirte lo demás, que se quiebra en las palabras, voy quedándome en silencio...

## *POEMAS DE LA MADRE*

### **Sabiduría**

Ahora sé para qué he recibido veinte veranos la luz sobre mí y me ha sido dado que cortara las flores por los campos. ¿Por qué, me decía en los días más bellos, este don maravilloso del sol cálido y de la hierba fresca?

Como al racimo azulado, me traspasó la luz para la dulzura que entregaría. Este que en el fondo de mí está haciéndose gota a gota de mis venas, era mi vino y mi miel.



Para éste yo recé, por traspasar del nombre de Dios mi barro con el que se haría. Y cuando leí un verso con pulsos trémulos, para él me quemó, como una brasa, la belleza. Recoja de mi carne su ardor inextinguible.

### LA DULZURA

Por el niño dormido que llevo, mi paso se ha vuelto sigiloso. Y es religioso todo mi corazón desde que va en mí el misterio.

Mi voz es suave, como por una sordina de amor, y es que temo despertarlo.

Con mis ojos busco ahora en los rostros el dolor de las entrañas. Así los demás miren y comprendan el por qué de mi mejilla empalidecida.

Hurgo con miedo de ternura en las hierbas donde anidan las codornices. Y voy por el campo silenciosa, cautelosamente. Creo ahora que árboles y cosas tienen hijos dormidos sobre los que velan inclinados.

### EL DOLOR ETERNO

Palidezco si él sufre dentro de mí; dolorida voy de su presión recóndita, y podría morir a un solo movimiento de éste y a quien no veo.

Pero no creáis que únicamente me traspasará y estará trenzado en mis entrañas mientras lo guarde. Cuando vaya libre por los caminos, aunque esté lejos de mí, el viento que lo azote me rasgará las carnes y su grito pasará también por mi garganta. ¡Por siempre mi llanto y mi sonrisa comienzan en tu rostro, hijo mío!

### IMAGEN DE LA TIERRA

No había visto antes la verdadera imagen de la Tierra. La Tierra tiene la actitud de una mujer con un hijo en los brazos, con sus criaturas (seres y frutos) en los anchos brazos.

Voy conociendo el sentido materna de todo. La montaña que me mira también es madre y por las tardes la neblina juega como un niño en sus hombros

y sus rodillas...

Recuerdo ahora una quebrada del valle. Por su lecho profundo iba cantando una corriente, que las breñas hacían todavía invisible. Ya soy como la quebrada; siento cantar en mi hondura este pequeño arroyo, y le he dado mi carne por breña hasta que suba hacia la luz.

### Silueta de la india mexicana.

La india mexicana tiene una silueta llena de gracia. Muchas veces es bella, pero de otra belleza que aquella que se ha hecho costumbre en nuestros ojos. Su carne, sin el sonrosado de las conchas, tiene la quemadura de la espiga bien lamida de sol. El ojo es de una dulzura ardiente; la mejilla de fino dibujo; la frente, mediana como ha de ser la frente femenina; los labios, ni inexpresivamente delgados ni espesos; el acento, dulce Y con dejo de pesadumbre, como si tuviese siempre una gota ancha de llanto en la hondura de la garganta. Rara vez es gruesa la india; delgada y ágil, va con el cántaro a la cabeza o contra el costado, o con el niño, pequeño como el cántaro, a la espalda como en su compañero, hay en el cuerpo de ella lo acendrado del órgano en una loma.

La línea sencilla y bíblica se la da el rebozo. Angosto, no le abulta el talle con gruesos pliegues, y baja como un agua tranquila por la espalda y las rodillas. Una desflecadura de agua le hace también a los extremos el fleco muy bello: por alarde de hermosura, es muy largo y está exquisitamente entretejido.

Casi siempre lo lleva de color azul y jaspeado de blanco: es como el más lindo huevecillo pintado que yo he visto. Otras veces está vetado con pequeñas rayas de color vivo.

La ciñe bien; se parece esa ceñidura a la que hace en torno del tallo grueso del plátano, la hoja nueva y grande, antes de desplegarse. Lo lleva puesto a veces desde la cabeza. No es la mantilla coqueta de muchos picos, que prende una mariposa oscura sobre los cabellos rubios de la mujer; ni es el mantón floreado, que se parece al tapiz espléndido de la tierra tropical. El rebozo se apega sobriamente a la cabeza. Con él, la india ata sin dolor, lleva blandamente su hijo



a la espalda. Es la mujer antigua, no emancipada del hijo. Su rebozo lo envuelve, como lo envolvió, dentro de su vientre un tejido delgado y fuerte, hecho con su sangre. Lo lleva mercado del domingo. Mientras ella vocea, el niño juega con los frutos o las baratijas brillantes. Hace con él a cuestas, las jornadas más largas: quiere llevar siempre su carga dichosa. Ella no ha aprendido a liberarse todavía...

La falda es generalmente oscura. Sólo en algunas regiones, en la tierra caliente, tiene la coloración jubilosa de la jícara. Se derrama entonces la falda cuando la levanta para caminar, en un abanico cegador...

Hay dos siluetas femeninas que son formas de corolas: la silueta ancha, hecha por la falda de grandes pliegues y la blusa abullonada: es la forma de a rosa abierta a otra se hace con la falda recta y a blusa simple: es la forma del jazmín, en que domina el peciolo largo. La india casi siempre tiene esta silueta afinada.

Camina y camina, de la sierra de Puebla o de la huerta de Uruápan, hacia las ciudades; va con los pies desnudos, unos pies pequeños que no se han deformada con las marchas. (Para el azteca, el pie grande era signo de raza bárbara).

Camina, cubierta bajo la lluvia, y en el día despejado con las trenzas lozanas y oscuras en la luz, atadas en lo alto. A veces se hace, con lanas de color, un glorioso penacho de guacamaya.

Se detiene en medio del campo, y yo la miro. No es el ánfora; sus caderas son finas: es el vaso, un dorado vaso de Guadalajara, con la mejilla bien lamida por la llama del horno -por su sol mexicano-.

A su lado suele caminar el indio; la sombra del sombrero inmenso cae sobre el hombro de la mujer, y la blancura de su traje es un relámpago sobre el campo. Van silenciosos, por el paisaje lleno de recogimiento; cruzan de tarde en tarde una palabra, de la que recibo la dulzura, sin comprender el sentido.

Habrían sido una raza gozosa; los puso Dios como primera pareja humana en un jardín. Pero

cuatrocientos años esclavos les han desteñido la misma gloria de su sol y de sus frutas; les han hecho dura la arcilla de sus caminos, que es suave, sin embargo, como pulpas derramadas...

Y esa mujer que no han alabado los poetas, con su silueta asiática, ha de ser semejante a la Ruth moabita, que tan bien labraba y que tenía atezado el rostro de las mil siestas sobre la parva.

### A la mujer mexicana

Mujer mexicana: amamanta al niño en cuya carne y en cuyo espíritu se probará nuestra raza. Tu sangre bien coloreada de soles, es rica; la delicadeza de tus líneas tiene concentrada la energía y engaña con su fragilidad. Tu fuiste hecha para dar los vencedores más intrépidos que necesita tu pueblo en su tremenda hora de peligro: organizadores, obreros y campesinos.

Tú estás sentada sencillamente en el corredor de tu casa, y esa quietud y ese silencio parecen languidez; pero en verdad hay más potencia en tus rodillas tranquilas que en un ejército que pasa, porque tal vez estás meciendo al héroe de tu pueblo.

Cuando te cuenten, madre mexicana, de otras mujeres que sacuden la carga de la maternidad, que tus ojos ardan, por que para ti todavía la maternidad es el profundo orgullo.

Cuando te digan, excitándote, de madres que no sufren como tú el desvelo junto a la cuna y no dan la vaciatura de su sangre en la leche amamantadora, oye con desprecio la invitación. Tú no has de renunciar a las mil noches de angustia junto a tu niño con fiebre, ni has de permitir que la boca de tu hijo beba la leche de un pecho mercenario. Tú amamantas y meces. Para buscar tus grandes modelos no volverás tus ojos hacia las mujeres locas del siglo, que danzan y se agitan en plazas y salones y apenas conocen a hijo que llevaron clavado en sus entrañas. Volverás los ojos a los modelos antiguos y eternos: las madres hebreas y las madres romanas.

\*\*\*

Da alegría a tu hijo, que la alegría se le hará rojez en la sangre y templadura en los músculos. Canta con él las canciones dulcísimas de tu país; juega a su lado en



la arena de los jardines y en el agua temblorosa de tu baño llévale por el campo bajo la luz maravillosa de tu meseta.

Te han dicho que tu pureza es una virtud religiosa. También es una virtud cívica: tu vientre sustenta a la raza; las muchedumbres ciudadanas nacen de tu seno calladamente, con el eterno fluir de los manantiales de tu patria. El héroe es como un fruto rojo, y tú la rama que lo sostuvo.

Hermosa y fuerte la tierra en que te toco nacer, madre mexicana: tiene los frutos más perfectos del mundo y cuaja el algodón de copo más suave y deleitoso. Pero tú eres la aliada de la tierra, la que debe entregar los brazos que colecten los frutos y las manos que escarden los algodones. Tú eres la colaboradora de la tierra y por eso ella te baña de gracia en la luz de cada mañana.

\*\*\*

Madre mexicana: reclama para tu hijo, vigorosamente, lo que la existencia debe a los seres que nacen sin que pidieran nacer. Por él tienes derecho a las grandes solicitudes. Pide para él la escuela soleada y limpia; pide los alegres parques; pide las fiestas de las imágenes, en el libro y en el cinema educador; exige colaborar en las leyes, pero cuando se trate de las cosas que os manchan u os empequeñecen la vida, puedes pedir leyes que limpien de vergüenza al hijo ilegítimo y le hacen nacer paria y vivir paria en medio de los otros hijos, y leyes que reglamenten vuestro trabajo y el de los niños, que se agotan en la faena brutal de las fábricas.

Para esto podréis ser vehementes sin dejar de ser austeras; vuestra palabra no será grotesta; hasta tendrá santidad.

Te oirán, tarde o temprano, madre mexicana; volverá a ti la mirada los hombres justos, que todavía son muchos porque tu majestad quiebra, vencidas, a todas las demás magestades, y el verso de Walt Whitman se recuerda cuando se te ve cruzar ¡"Yo os digo que no hay nada más grande que la madre de los hombres"!

\*\*\*

Yo te amo, madre mexicana, hermana de la mía, que bordas exquisitamente y tejes la estera color de miel; que pintas la jícara coloreada y que cruzas el campo vestida de azul, como la mujer de la Biblia, para llevar el sustento del hijo o del esposo que riegan los maizales.

Nuestra raza se probará en tus hijos: en ellos hemos de salvarnos o de perecer. Dios les fijó la dura suerte de que la marejada del Norte rompa sobre su pecho. Por eso, cuando tus hijos luchan o cantan, los rostros del Sur se vuelven hacia acá, llenos de esperanza y de inquietud a la par.

Mujer mexicana: en tus rodillas se mece la raza entera, y no hay destino más grande y más tremenda que el tuyo en esta hora.

### La extranjera

A Francis de Miomandre

-“Habla con dejo de sus mares bárbaros,  
con no sé qué algas y no sé qué arenas;  
reza oración a dios sin bulto y peso,  
envejecida como si muriera.

En huerto nuestro que nos hizo extraño,  
ha puesto cactus y zarpadas hierbas.

Alienta del resuello del desierto  
y ha amado con pasión de que blanquea,  
que nunca cuenta y que si nos contase  
sería como el mapa de otra estrella.

Vivirá entre nosotros ochenta años,  
pero siempre será como si llega,  
hablando lengua que jadea y gime  
y que le entienden sólo bestezuelas.

Y va a morir en medio de nosotros,  
en una noche en la que más padezca,  
con sólo su destino por almohada,  
de una muerte callada y extranjera”.

### Todas íbamos a ser reinas

Todas íbamos a ser reinas,  
de cuatro reinos sobre el mar:

Rosalía con Efigenia  
y Lucila con Soledad.

En el valle de Elqui, ceñido  
de cien montañas o de más,



que como ofrendas o tributos  
arden en rojo y azafrán.  
Lo decíamos embriagadas,  
y lo tuvimos por verdad,  
que seríamos todas reinas  
y llegaríamos al mar.

Con las trenzas de los siete años,  
y batas claras de percal,  
persiguiendo tordos huidos  
en la sombra del higueral.

De los cuatro reinos, decíamos,  
indudables como el Korán,  
que por grandes y por cabales  
alcanzarían hasta el mar.

Todas íbamos a ser reinas,  
y de verídico reinar;

pero ninguna ha sido reina  
ni en Arauco ni en Copán...

Rosalía besó marino  
ya desposado con el mar,  
y al besador, en las Guaitecas,  
se lo comió la tempestad.

Soledad crió siete hermanos  
y su sangre dejó en su pan,  
y sus ojos quedaron negros  
de no haber visto nunca el mar.  
En las viñas de Montegrande,  
con su puro seno candeal,  
mece los hijos de otras reinas  
y los suyos nunca-jamás.

Efigenia cruzó extranjero  
en las rutas, y sin hablar,  
le siguió, sin saberle nombre,  
porque el hombre parece el mar.

Y Lucila, que hablaba a río,  
a montaña y cañaverál,  
en las lunas de la locura  
recibió reino de verdad.

En las nubes contó diez hijos  
y en los salares su reinar,  
en los ríos ha visto esposos  
y su manto en la tempestad.

Pero en el Valle de Elqui, donde  
son cien montañas o son más, cantan las otras que  
vinieron  
y las que vienen cantarán:

-«En la tierra seremos reinas,  
y de verídico reinar,  
y siendo grandes nuestros reinos,  
llegaremos todas al mar».

### Ausencia

Se va de ti mi cuerpo gota a gota.  
Se va mi cara en un óleo sordo;  
se van mis manos en azogue suelto;  
se van mis pies en dos tiempos de polvo.

¡Se te va todo, se nos va todo!  
Se va mi voz que te hacía campana  
cerrada a cuanto no somos nosotros.  
Se van mis gestos que se devanaban  
en lanzaderas, debajo tus ojos.  
Y se te va la mirada que entrega, cuando te mira,  
el enebro y el olmo.

Me voy de ti con tus mismos alientos:  
como humedad de tu cuerpo y evaporación.  
Me voy de ti con vigilia y con sueño,  
y en tu recuerdo más fiel ya me borro.  
Y en tu memoria me vuelvo como esos  
que no nacieron en llanos ni en sotos.

Sangre sería y me fuese en las palmas  
de tu labor, y en tu boca de mosto.  
Tu entraña fuese, y sería quemada  
en marchas tuyas que nunca más oigo,  
¡y en tu pasión que retumba en la noche  
como demencia de mares solos!

¡Se nos va todo, se nos va todo!



## BIBLIOGRAFÍA

- Concha, J. (2015). *Gabriela Mistral*. Júcar.
- De Luis Arrigoitia de, L. (1989). *Pensamiento y forma en la prosa de Gabriela Mistral*. Universidad de Puerto Rico.
- Mistral, G. y Ocampo, V. (2007). *Esta América nuestra: correspondencia 1926-1956*. El cuenco de plata.
- Mistral, G. (1973). *Desolación, Ternura, Tala, Lagar*. Fundación Carlos Slim. <https://cdn.pruebat.org/recursos/recursos/libros/pdf/Desolacion-Ternura-Tala-Lagar-Mistral.pdf>
- Mistral, G. (1923). *Lecturas para Mujeres*. Secretaría de Educación de México.

